

En la entrevista que don Luis Alberto Monge, precandidato del partido Liberación Nacional, concedió a La Nación publicada el 4 de los corrientes, propone como objetivo primario de sus planes de gobierno, en el caso de que alcance la Presidencia de la República para el periodo 1978-82, "el regreso a la tierra", frase que ya asume la forma de un lema de su tendencia partidista. Afirmó en esa entrevista: "... el porvenir de nuestros pueblos no está en la industria solamente, sino que el mayor esfuerzo debe orientarse hacia la producción agropecuaria, cada vez con mayor decisión".

Sin embargo, una exposición más detallada, más clara de ese enrumbamiento mongista hacia el agro se encuentra en el libro del Lic. Enrique Benavides, "Nuestro pensamiento político en sus fuentes" (San José, 1975), en el capítulo que contiene la prolongada conversación que el autor sostuvo con el líder liberacionista. Cuatro páginas se dedican a este tema.

Tal planteamiento exige algunos comentarios.

En primer lugar Monge no descarta la industria sino que desea más énfasis en el agro por razones de índole institucional, económica y también moral.

En este planteamiento se adivina en Luis Alberto Monge un algo de saudade de carácter muy subjetivo por lo bucólico. ¿No se fue a las estribaciones montañosas de la Cordillera Central al norte de San José a impartir sus prédicas socialistas?

Pero se adivina asimismo en el término "regreso o vuelta a la tierra", un implícito sentimiento de derrota, sólo el derrotado, resentido, el amargado, regresa. Pero, en este caso, ¿derrota ante qué? Sólo hay una respuesta ante el contexto de los hechos económico-sociales transcurridos en las últimas décadas: derrota ante la industrialización, que ha sido el camino tomado por Costa Rica y todo el mundo subdesarrollado y que ha traído consigo muchas alianzas no bien vistas, como son la concentración poblacional urbana; el congestionamiento del tránsito de vehículos, la contaminación ambiental, hiperdesarrollo del comercio y los servicios y conviviendo con todo esto, una

"La vuelta al agro" de Luis Alberto Monge



Manuel
García
Valverde

proliferación de la delincuencia, la prostitución y los vicios.

Pero, más que a la industrialización, es a la concentración urbana a quien hay que achacarle esta secuela de males. Esto tiene remedio sin interferir en el desarrollo industrial.

Y sin embargo, Costa Rica, como ninguno de los países del istmo centroamericano se dejaron atraer por los cantos de sirena de la industrialización a rajatabla, muchas veces a contrapelo y presentada como panacea para todas las enfermedades económicas, cantos que gritaron a los cuatro vientos del mundo de los países pobres muchos falsos profetas. Costa Rica y los pequeños países hermanos emprendieron la marcha ineludible de la máquina y la chimenea con mesura y la prueba de ello es que en términos generales afirmaron, unos más y otros menos, la estabilidad de sus monedas y tuvieron a merced corto la inflación, en comparación con otros países del cono sur del continente o aledaños a él que cayeron en agudas devaluaciones y en abismales deterioros de sus monedas.

Pero la industrialización se impuso como una necesidad histórica impostergable de postguerra, luego que se demostró lo desguarnecidas que estaban sus economías con la sola producción de materias primas simples: agrícolas, forestales, pesqueras o mineras.

Y además luego de los primeros pasos en la industrialización nueva, no tradicional, el país

se apercibió de todas las enormes posibilidades de la nueva actividad: descubridora y remove-dora de recursos naturales y humanos; importadora de revolucionarias tecnologías; remozadora del espíritu de empresa que yacía adormecido en muchos costarricenses; auspiciadora de una gestión bancaria más versátil.

Finalmente no se puede en la economía moderna concebir la agricultura sin la industria: ambas se complementan. En primer lugar el éxodo de mano de obra del campo a la ciudad que promueve la mecanización y tecnificación de la agricultura es absorbida por la industria. Además mediante la transformación que hace la industria de los productos vegetales, cambiándolos de perecederos en artículos de consumo durable, mediante el empaque o envase, la deshidratación o refrigeración, etc., imprimiéndoles una nueva calidad y capacitándolos para ser embodegados por largos periodos y transportados por todas las latitudes que marca la rosa de los vientos, al mismo tiempo los diversifica, les suma más valor intrínseco y mayor capacidad de competencia.

Por estas y otras razones, repito ahora lo que escribí en un comentario, publicado en La Nación en el curso del mes de enero del año pasado, al citado libro del Lic. Benavides: que la postura de don Luis Alberto Monge ante la industria como actividad económica, es "reaccionaria" y "sentimental".